LA GRAN PIADOSA

Los mineros se han rebelado airadamente y ha estallado en el gran distrito la huelga pavorosa...

Huelgan las máquinas; reposan como fatigados monstruos... Han cesado de girar las poleas, han enmudecido los yunques... Los trenes de arrastre han interrumpido de pronto su actividad febril y han quedado inmóviles en medio de la vía como en actitud espectante... Ni chirriar de carretillas, ni resoplidos de vapor, ni melancólico cantar... Como soberano espíritu de desolación y muerte, se extiende y se apodera de todo una quietud inquietante...

Motivo de la huelga, el de siempre: la ruindad de los amos, de los enriquecidos, de los explotadores...

Qué piden los obreros? lo de siempre también, una miseria: aumento de un real, un rato de reposo, que no les paguen en comestibles robados y podridos... ¡miseria! Aún no han pedido ni menos exigido, como pueden exigir, habitaciones sanas, cómodas y alegres, alimentación excelente, escuelas, asilos, pensiones, casas de salud, bibliotecas, centros de recreo... ¡Hasta han podido, á imitación de los amos, ambicionar lujosas estancias, ricos trajes, aparatosos trenes!... Los mismos amos hacen lícita toda ambición cuando dicen: «Soy rico porque he trabajado, porque trabajaron mis padres, porque trabajaron mis abuelos.» ¡Mentira! Sois ricos porque habeis acaparado el producto del trabajo de otros, el producto del trabajo honrado que no es el

vuestro; sois ricos, porque no habeis dado la parte equitativa á quien os ayudó, porque habeis negociado con excesiva utilidad, porque habeis adulterado lo vendido, robado la medida y el peso, alterado la pureza económica y hecho encrucijadas en la Ley... Sois ricos por todo eso, por todo eso que vosotros llamais trabajo... ¡No mancheis esa palabra santa!... Trabajar es consagrar la vida ¡y vosotros la vilipendiais!...

La huelga cunde... La solidaridad es la fuerza de los débiles...

Enfrente de esa fuerza está la de los tiranos: la represión brutal...

Los apóstoles predican á los que aún trabajan:—«Haced causa común con nosotros, redimámonos!»...

Los amos amenazan á sus obreros:—«Ved lo que haceis: los que abandonen su trabajo, no serán admitidos nuevamente.»

La coacción de los obreros se castiga, la de los patronos se ampara.

Los obreros se convocan, se reunen para hacer valer su derecho ante la razón.

Los amos se juntan para poner sus intereses al amparo de la Ley.

Al servicio de los explotadores hay una fuerza; los explotados no pueden hacer uso de la suya propia, porque se les somete á tiros.

¡Oh invocada santidad de las leyes, amparadoras de los poderosos, perseguidoras de los desvalidos!...

La huelga se ha prolongado, los odios se exacerban, los obreros luchan á la desesperada contra el capital inconmovible que espera á que el hambre les haga capitular...

A cada momento hay motines, escaramuzas, carreras... El distrito minero está ocupado militarmente... Se prepara una defensa heróica, gloriosa, contra los hambrientos: hom-

bres demacrados, mujeres escuálidas, criatu-

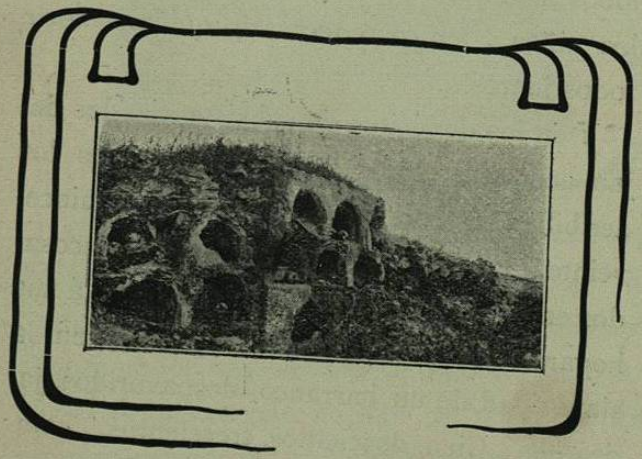
ras enclenques... Se custodian los almacenes como un sagrado; se teme una intentona, un saqueo... En los depósitos de subsistencias, sobre todo, hay verdadero lujo de fuerza... «No, lo que es pan no han de tenerlo... los que vayan por él... ¡comerán balas!»

Y pan es lo que quieren los obreros para sostener la huelga que arruinará á los amos, inutilizando el valioso material y destruyendo las costosas labores, á causa de la inundación de las minas... ¡Quieren pan, siquiera para que cese el clamoreo torturante de sus criaturitas que lo piden!... Y van por él en el paroxismo de la desesperación, durante la tenebrosa noche... Han salido de sus madrigueras como lobos hambrientos... Síguenlos las mujeres y los niños... ¡en caso necesario quieren morir todos juntos!...

Y en los depósitos de subsistencias los dejan acercarse, tocar el pan... ¡entonces los acribillan á balazos!... Caen diez, quince, veinte... los demás huyen perseguidos, acosados en la trágica noche... No pueden ir á sus hogares, los prenderían... se pierden en la sinuosidad de un barranco, despavoridos, jadeantes... Cien, doscientos, trescientos... hom-

bres, mujeres, niños... Se les ocurre la idea salvadora de esconderse en una mina abandonada y allá van... hay una galería en declive para bajar á ella... ¡se pierden en las entrañas de la madre tierra, hombres, mujeres, niños... cien, doscientos, trescientos!...

Y aquella noche trágica, en el seno de la madre tierra, con el beso suave de un escape de gas, la gran piadosa, la muerte, ¡los duerme á todos!



ÍNDICE

	Págs.
El adiós de un suicida.	6
La canción de la muerte	8
La abejita.	10
¡Los hombres!...	13
¡Sin rastro!	15
Eh!... pára!...	18
Tristes!...	22
La madriguera.	25
Cuenta imposible..	28
Sin hogar..	32
Sin pasaporte..	34
Los cuchillos.	37
¡El pobre viejo!	40
Presagio triste	42
¡El hambre es dura!	45
Hogar sin madre.	50
Ocaso.	54
El perdón..	56
Llamas blancas	59
Espectros..	62
El hormiguero.	65
La sinceridad muerta.	69
¡Una vida!.	74
Tribulación.	77
Para mortaja.	80
La gorrita.	85
Las cunas de la muerte.	87
Por el suicida..	90
¡Mamita!...	93
La gran piadosa.	96